Refranes españoles de la mujer y las armas

Juan José ÁLVAREZ DÍAZ
Ministerio de Defensa
jjaldi@telefonica.net

Recibido: 20-07-2007
Aceptado: 16-08-2007

Resumen: Las armas y la mujer se combinan en, aproximadamente, 50 refranes españoles. Reflejo de una sociedad caballeresca en la que la consideración que se tenía de la mujer distaba mucho de la actual; en el artículo se muestran estos refranes, agrupados mediante una clasificación ideológica, y se analizan las razones de su génesis y desaparición.
Palabras clave: Paremiología. Refrán. Armas. Mujer. Español.

Titre : « Des proverbes espagnols de la femme et les armes ».
Resumé : Les armes et la femme se combinent dans, à peu près, 50 proverbes espagnols. Le reflet d'une société chevaleresque dans laquelle la considération qui existait de la femme était très éloignée de l'actuelle; dans cet article ces proverbes sont presentes regroupés au moyen d'une classification idéologique, puis les raisons de leur genèse et leur disparition sont analysées.
Mots-clé : Parémiologie. Proverbe. Armes. Femme. Espagnol.

Title: "Spanish Proverbs on the woman and the weapon".
Abstract: Weapons and the women appear together in, approximately, 50 Spanish proverbs. The reflection of a chivalrous society in which the consideration of women was very distant from the current one; in the article these proverbs appear grouped by means of an ideological classification, and the reasons of their genesis and disappearance are analyzed.
Key words: Paremiology. Proverb. Weapon. Woman, Spanish.

Siendo abundantes en español los refranes que tienen que ver con las armas, los que, de entre ellos, tienen que ver, además, con la mujer forman un conjunto muy interesante por cuanto responden, en su mayoría, a un mismo impulso creativo: la analogía que el hombre ha establecido entre las armas y la mujer.

En épocas en las que la guerra era una actividad bastante frecuente, las armas personales, portadas y manejadas por su propio dueño, eran altamente estimadas. De su acertado diseño, esmero en su elaboración y calidad de los materiales empleados dependía, en buena medida, la integridad de quien había de utilizarlas y, en ocasiones, la propia vida. Los hombres amaban sus armas por cuanto de valor tenían para su propia seguridad pero también lo hacían por su belleza y por el poder que otorgaba su posesión. Son éstas, a poco que reflexionemos, algunas de las razones que llevan a los hombres a amar a las mujeres y, aunque haya otras más elevadas y sea este último amor de todo punto incomparable, en ellas se sustenta la mencionada analogía.

Conocido, pues, el impulso creativo y conocidas las razones que lo originan, falta saber cuáles son los elementos determinantes de la semejanza entre la mujer y las armas que inducen

el proceso analógico. Mientras que los de las armas, en tanto que objetos, proceden de la simple observación y del conocimiento sobre el uso e importancia que el hombre les ha dado, los de la mujer requieren el previo establecimiento de un estereotipo.

El comúnmente usado es aquel que, desde la más remota antigüedad, se ha ido perfilando en la literatura y en las artes y que daremos en calificar como paradigma clásico de la mujer.

El amor del troyano Paris por Helena, la bella esposa de Menelao, rey de Esparta, le llevó a secuestrarla provocando, con ello, la Guerra de Troya que Homero acertó a cantar en la *Ilíada.* Helena, la mujer en definitiva, fue señalada como causa de la tragedia puesto que motivó la decisión de un Paris que no pudo sustraerse al deseo de poseerla.

Virgilio, en la *Eneida*, relata los amores de Dido, reina de Cartago, y Eneas, príncipe troyano que abandonó Troya después de su destrucción y llegó con sus naves a las costas cartaginesas. Dido enloquece de amor por Eneas y éste, temeroso de ese amor arrebatado, huye. Dido se suicida mientras contempla las naves troyanas alejarse.

Virgilio atribuye a los desgraciados amores entre Dido y Eneas la enemistad que surgió entre los romanos y los cartagineses y que dio lugar a las guerras púnicas. En este caso y aún presentándola, también, como víctima, de nuevo se atribuye a la mujer la causa de una tragedia.

Pero si alguien encarna, a la perfección, la proposición clásica sobre la mujer, ésta no es otra que la diosa Diana, Artemisa en la mitología griega.

Armada de arco y flechas y rodeada de sus ninfas, esta diosa que vaga por los bosques, representa la belleza, la feminidad, la dulzura, el amor y también el poder y la furia.

Diana se enamoró (aunque sólo platónicamente) del pastor Endimión, y lo besaba cuando dormía, haciéndolo con tanta suavidad que éste no se despertaba.

Además de la Diana amorosa, la mitología nos muestra, también, a la Diana poderosa e iracunda; aquella que origina la ruina de Níobe por provocarla de modo insolente, o la perdición del pastor Acteón por contemplarla mientras tomaba un baño rodeada de sus ninfas. Acteón, un mortal, iba de caza y, por casualidad, acertó a pasar por donde estaba la diosa y pudo observar extasiado una escena que sólo estaba destinada a ojos divinos. Diana lo convirtió en un ciervo que, inmediatamente, fue devorado por sus propios perros.

Diana es un buen ejemplo de la supuesta ambivalencia femenina: fluctúa entre la bondad y la maldad, entre el amor y la furia. Como mujer y diosa encarna también la belleza, el poder y el peligro. Aunque hubiéramos podido citar otros muchos ejemplos, creo que con los anteriores es suficiente para configurar el paradigma clásico de la mujer y afirmar que, de conformidad con el mismo,

- La mujer es ambivalente y voluble: fluctúa entre la bondad y la maldad, entre el amor y la furia; no controla sus pasiones y, en consecuencia, no se puede *confiar* en ella.
- La mujer encarna la *belleza***.**
- La mujer es *deseada* por el hombre. *Mulieris oculus spiculum est iuvenibus*, 'el ojo de la mujer es una flecha para los jóvenes' dice un antiguo adagio latino (Erasmo, *Adagia* 3.4.69). La consecuencia es que la mujer podría ser raptada.
- La mujer es *importante* para el hombre.
- La mujer influye en el hombre, tiene *poder* sobre él y es capaz de arrastrarle por amor a las mayores locuras. La consecuencia es que la mujer encierra *peligro***.**
- Paradójicamente, la mujer es dependiente del hombre (padre, hermanos, esposo) y está *sometida* a su dictado.
- La mujer puede desencadenar la tragedia y es *culpable* de lo que le sucede al hombre por amor. *Causa belandi est amor*, 'El amor es causa de luchas' escribió Séneca (*Hercules Oetaeus,* 424).

Por su parte:

- Las armas son, desde tiempos remotos, la expresión más genuina del *poder*.
- Las armas son *importantes* para los hombres.
- Los hombres *desean* poseer armas ya que, además de poder, proporcionan distinción: La espada, por ejemplo, es símbolo de la caballería; en la Edad Media era necesario ser armado caballero para tener derecho a portarla. La consecuencia de este deseo es que las armas podrían ser robadas.
- Las armas, en tanto que objetos, pueden ser *valiosas* y muy *bellas***.** Ejercen un raro atractivo sobre los hombres pese a ser instrumentos de muerte y guerra.
- Su manejo encierra *peligro*. No se puede *confiar* en ellas ya que es fácil herirse o herir a alguien accidentalmente. Como dice una expresión coloquial, refiriéndose a las de fuego: 'las armas las carga el diablo'.
- Las armas, obviamente, son utilizadas conforme a la voluntad del que las maneja. Figuradamente, podemos decir que están *sometidas* a su dictado.

Valor e *importancia*, *deseo*, *poder*, *belleza*, *desconfianza*, *sometimiento*, *peligro* son, como se puede apreciar, los principales elementos de semejanza entre las armas y la mujer. Elementos que van a estar presentes en muchos de los refranes que veremos a continuación, agrupados bajo diferente epígrafes.

Ni que decir tiene que el refranero, en general, es injusto con la mujer como lo es el paradigma clásico que, pretendidamente, la representa. Los refranes de la mujer y las armas son, con pocas dudas, refranes hechos por hombres; refranes machistas pertenecientes a épocas en las que todavía no se admitía la igualdad entre el hombre y la mujer y el papel de esta última en la sociedad era muy diferente del actual. Téngase todo ello en cuenta cuando se lean estos refranes, ya que algunos podrían herir la sensibilidad del lector, especialmente si es mujer.

De su valor e importancia para el hombre

1. "Buen caballo, buena espada y buena mujer ¿que más puedes apetecer?".
2. "Bueno el hombre ha de tener caballo, espada y mujer".
3. "Cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal: buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas".
4. "El hombre ha de tener tres cosas codiciadas: su mujer, su caballo y su espada".
5. "Tres cosas ha de tener el hombre codiciadas: la mujer, la mula y la espada"

Pocos refranes hay en los que se muestre de manera más evidente el cambio de los tiempos, como en éstos. Para el hombre de hoy ¿que valor tiene una buena espada o un buen caballo? Poco o ninguno, salvo para los aficionados a la esgrima, coleccionistas, o aficionados al caballo ¿Y una buena mujer? Mucha, pero no más que un buen hombre para la mujer.

Así las cosas, dejemos que sea Miguel de Cervantes quien, en el siguiente texto[1] extraído de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, nos explique como eran las mujeres en el siglo XVII:

> Mira, cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal; y son: *buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas*. Las dos primeras, tan obligada está la mujer a procurallas como el varón, y aun más, porque no ha de levantar la mujer al marido, sino el marido a la mujer. Las majestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo a sus mujeres.

[1] Las cursivas utilizadas para destacar el refrán en el siguiente texto y en el resto de los que, a modo de ilustración, se incluyen, son mías.

Del deseo que despiertan

6. La mujer, la mula y la espada, de otros muchos codiciada
7. La mujer y la espada, las armas y el caballo, de muchos ha de ser codiciado; [o] no [ha de ser] fiado
8. Mujer hermosa y buena espada, de muchos son codiciadas

Lo que es importante también es codiciado. Y en el caso de la mujer, más todavía si es hermosa. De nuevo una obra de la época, en este caso del siglo XVI, nos sirve de ilustración para estos refranes (Luján, 1550=1990).

Dos personajes, Dorotea y Eulalia hablan de la importancia de la hermosura en la mujer:

> Eulalia.- Pues ¿qué decía Platón? ¿Tenía la opinión dese filósofo?
> Dorotea.- No. Antes daba un medio entre los dos extremos, y decía que ni fuese muy fea ni muy hermosa.
> Eulalia.- Por mi vida con todo eso más querría yo ser hermosa que no fea, que veo que la hermosa siempre es más mirada y aun más alabada.
> Dorotea.- Es verdad, y aun esa opinión tienen muchos, que *la mujer y el caballo, y las armas y el espada, ha de ser cudiciado de muchos*.
> Eulalia.- Pues a ti, ¿qué te parece?
> Dorotea.- Que más quiero ser hermosa que no fea, siquiera porque mi marido no vaya en busca de otras más hermosas que yo; y es muy bien que el hombre case con mujer hermosa, y la mujer con hombre hermoso [...]

Del peligro de prestarlas

9. "Bolsa, mujer y espada no quiere andar prestada".
10. "Caballo, mujer y escopeta son prendas que no se prestan".
11. "La amiga y la espada, antes dada que prestada".
12. "La mujer y la escopeta, en la casa quieta".
13. "La mujer y la espada, ni prestada ni probada".
14. "La mujer y la espada puédese mostrar, mas no confiar".
15. "La mujer y la espada, puede ser mostrada, mas no confiada".
16. "Lo que se monta, no se presta."[2]
17. "Mujer, caballo y escopeta, no se presta".
18. "Mujer, escopeta, guitarra y caballo, no prestallo".
19. "Mujer, reloj y escopeta, no se presta".

En las cosas importantes, codiciadas y bellas existe el peligro de que no nos sean devueltas, en caso de ser prestadas. El refranero aconseja no hacerlo; como mucho pueden ser mostradas.

En los refranes citados podemos observar que, de las armas, sólo se cita la espada y la escopeta, porque, si bien, las armas en general, eran importantes, las que eran más codiciadas eran las espadas y las escopetas; las primeras, por su belleza, valor y representación y las segundas, sobre todo, por su eficacia. Nada que decir de la bolsa, pues siempre el dinero es codiciado; la mención a la guitarra y al reloj representa, sin embargo, claro signo de evolución:

> No fue tan grande mi necessidad como tú nescio me hazes, que quanto a lo exterior as de entender que no a lo interior; y hasta el vulgo dize, que *ni bolsa, ni muger, ni espada jamás ande prestada* (Gómez de Toledo, 1536=1973: 254).

[2] Se refiere a la mujer, el caballo y la escopeta, como señala el siguiente refrán.

> Dos cosas son las que jamás se deben prestar, ni de nadie confiar; es a saber, la espada que tenemos y la muger con quien nos casamos; porque paresce muy bien al hombre la espada ceñida, y muy mejor paresce a la muger que esté en casa guardada (Guevara, 1543=1952: I-400).

> Reniego yo del amigo que no tiene otro pasatiempo sino con la muger de su amigo. Lo que se sufre decir en semejante caso es que "fulano es mi amigo y su muger mi conocida", porque proverbio muy antiguo es que *la muger y la espada puédense amostrar, mas no confiar.* Si al marido se le siguiere alguna infamia de haver llevado a su amigo a casa, y haber hecho con su muger que le conozca, quéxese de sí mismo porque le llevó, y no de su muger porque tropezó (Guevara, 1543=1952: I-387).

Del peligro de probarlas

20. "Cordura no puede ser probar vidrio, espada ni mujer".
21. "La mujer y la espada, ni prestada ni probada".
22. "La mujer y la espada, nunca ha de ser probada; o tentada".
23. "Ni la espada ni la mujer probadas han de ser".
24. "Si las quieres guardar, la mujer y la espada no has de probar".

Nula es la confianza del refranero en la mujer. Da por hecho que poco o nada ha de resistir a la tentación. Lo mejor, señala, es no ponerla a prueba.

Respecto a la espada, para probar su resistencia y dureza habría que golpearla y el peligro de esta acción es que, fácilmente, pueden dañarse los filos y/o volverse la hoja[3]. Mientras que los filos mellados pueden afilarse de nuevo, una hoja vuelta se considera un grave defecto en una espada, ya que modifica su punto de equilibrio haciendo incómodo su manejo y, sobre todo antiguamente, era muy difícil de reparar.

Esta analogía entre el peligro que supone la prueba de la mujer y la de la espada se hizo muy popular. Los siguientes versos dan prueba de ello:

> Es de vidrio la mujer,
> pero no se ha de probar
> si se puede o no quebrar,
> porque todo podría ser.
> Y es más fácil el quebrarse,
> y no es cordura ponerse
> a peligro de romperse
> lo que no puede soldarse.
> (Cervantes, 1605=2004: 208)

> No es mi lengua mentirosa,
> que el probar mujer y espada
> es prueba bien peligrosa;
> porque sigue un presupuesto
> de las dos la condición,
> y al peligro manifiesto,
> como entrambas hojas son,
> vuelven la hoja muy presto[4].
> (Boil, 1616=1929: 445)

Del peligro de mostrarlas

25. "Espada y mujer, ni darlas a ver".

En refranes anteriores se aconsejaba ser cauto y no prestarlas; a lo sumo mostrarlas. En éste, como vemos, ni siquiera eso. Y todavía hay otro refrán que dice "La mujer, en el hogar, sin salir ni a trabajar".

[3] Volverse la hoja, torcerse o doblarse la hoja de la espada.

[4] En lo que a la mujer se refiere, volver la hoja significa, figuradamente, abandonar la vida recta y honorable.

Del peligro que encierran

26. "Con mujeres y arcabuces, jamás burles".
27. "Diez mujeres en un estrado, fuego graneado".
28. "Dios te guarde de hombre con librete, y de mujer con gañivete".
29. "Mozo con librete, y mujer con gañivete, míralos y vete".
30. "Mujer hermosa y arma de fuego para mí no las quiero".

Si bien el primero de estos refranes, aconseja pocas bromas con mujeres y armas de fuego (los arcabuces eran, en el siglo XVI, prácticamente las únicas armas de fuego portátiles) el último, sin embargo, particulariza para aquellas que son hermosas, dando a entender que son las que tienen verdadero peligro (véase nº 8).

El refrán nº 26 trata del fuego graneado o disparos que los soldados hacen a discreción, eligiendo el blanco y el momento, y que se diferencia de la descarga cerrada en que, en ésta, todos disparan de manera simultánea sobre un mismo blanco o, al menos, en una misma dirección. El fuego graneado es aquí metáfora de las críticas y cotilleos, poco o nada piadosos, que suelen hacer las mujeres cuando se juntan varias en un estrado o sala de recibir.

Las armas que portaban las mujeres eran, normalmente, de pequeño tamaño para poder esconderlas fácilmente. Seguramente todos recordamos alguna escena de novela o película en la que una mujer dispuesta a atacar o a defenderse extrae un pequeño cuchillo o un pequeño revolver de una liga o de un bolso diminuto.

El cañivete o gañivete era un cuchillo auxiliar que solía ir adosado a la vaina de los puñales o dagas y, también, el de similar apariencia que utilizaban algunas mujeres. Mujer con gañivete era, por lo general, una mujer peligrosa o que se desenvolvía en ambientes donde proliferaban matones y rufianes; muchas veces, una prostituta. Correas (1627=2000: 233) la define así: "Mujer con gañivete es la brava y desenvuelta, y la que llaman marimacho, que es gran falta en mujeres la braveza y desvergüenza" También señala que "De hombre con librete se entiende de los que cobran pechos y tributos reales por las puertas, asentando quién paga, y sacando prendas a quien no paga; y hombres deste jaez son ejecutivos. También se entiende de estudiantes y letrados, que tienen más cautela que los otros".

De la confianza en ellas

31. "En escopeta ni en mujer, confianza no debes poner".
32. "Ni espada que fue rota, ni mujer que trota"[5].

Las escopetas antiguas con sistema de ignición consistente en el golpeo de una mecha encendida, previamente al disparo, sobre la pólvora depositada en una cazoleta junto al oído del cañón, como en los primitivos arcabuces y mosquetes o por las chispas que desprendía una piedra de sílex al impactar contra la cazoleta, como en los fusiles utilizados hasta mediado el siglo XIX, inspiraban poca confianza a los soldados y cazadores pues, con frecuencia y por diversas causas como la mala calidad de la pólvora, la humedad, etc., el disparo no se producía y, en algunas ocasiones, si se retacaba fuertemente o se ponía demasiada pólvora, el cañón explotaba ocasionando graves accidentes. 'Fallas más que una escopeta de feria', se dice, todavía hoy, aludiendo, en este caso, a las armas de aire comprimido utilizadas en las barracas de tiro al blanco.

La espada rota podía ser soldada pero no recuperaba las cualidades que tenía de nueva. Podía seguir siendo utilizada pero ya no era merecedora de confianza, como tampoco la merece,

[5] Porque no tienen remedio.

según señala el refrán, la mujer que trota, esto es la que no para en casa o pasa mucho tiempo fuera de ella, sin tener obligación.

Las buenas

33. "Anchicorta[6] como espada del perrillo".
34. "De buenas armas es armado quien con buena mujer es casado".
35. "Espada, mujer y membrillo, a toda ley de Toledo".
36. "Espada, membrillo y mujer, si han de ser buenos, de Toledo han de ser".
37. "Membrillo, espada y mujer, de Toledo deben ser".

El refrán nº 33 nos identifica a la buena mujer con las buenas armas de las que, figuradamente, ha de servirse el hombre en la lucha de la vida. Pese a ser un refrán aparentemente elogioso, no deja de evidenciar la clásica prevención y desconfianza hacia la mujer, cuando puntualiza que ha de ser con buena mujer.

Desde la época de Domiciano eran muy apreciadas las espadas fabricadas en Damasco. Los espaderos toledanos del siglo XV estudiaron con detalle las espadas damasquinas y obtuvieron un tipo de espada que llegaría a ser considerada como de las mejores del mundo: la espada toledana de hoja de acero con alma de hierro.

La fama de las espadas toledanas se extendió rápidamente y en diciembre de 1567 el rey Felipe II, preocupado por las falsas copias que venían de fuera, ordenó que las espadas llevasen la marca del espadero.

De entre todas las marcas de espaderos, la más conocida es la denominada 'marca del perrillo' por representar a este animal. La marca del perrillo se debe, al parecer, al espadero Julián del Rey, aunque esto último está muy cuestionado, y es característica de las mejores espadas fabricadas en Toledo y, también, en Zaragoza durante el siglo XVI.

Estas espadas, consideradas de lujo, eran de hoja ancha y no muy larga para no tener excesivo peso. Y si las buenas espadas eran de Toledo, el buen membrillo y las buenas mujeres también, a decir de los refranes que hemos visto y que, sin duda, son originarios de Toledo. En la *Comedia famosa de la entretenida*, Cervantes (1615=1995) nos lo recuerda:

TORRENTE: No puede decir que come el que masca y no lo traga.
No se me vaya a la mano,
que désta, si acaso es culpa,
ser me sirve de disculpa
el membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
y mil veces referillo:
espada, mujer, membrillo,
a toda ley, de Toledo.

Las acciones naturales
son forzosas, y el comer,
una dellas viene a ser,
y de las más principales;
y esto aquí de molde viene,
y es una advertencia llana:
come el rico cuando ha gana,
y el pobre, cuando lo tiene.

Las malas

38. "La mala, a la sombra de la espada".

El poder y la fuerza que proporciona un protector o un elevado estatus, representados en la espada, son necesarios a la mala mujer para poder realizar sus maldades, a cubierto de posibles venganzas.

[6] Dícese de la mujer

De su fragilidad

39. "A quien tiene escopeta, guitarra, reloj o mujer, nunca le falta un traste que componer".

La fragilidad de la mujer, sus pequeñas dolencias y trastornos, son antes expresión de su ser femenino que de debilidad. El hombre, sin embargo, se deleita contemplando la aparente delicadeza de la mujer, estimándola como prueba de su supuesta superioridad. El refrán la compara con la escopeta, la guitarra y el reloj, objetos ciertamente delicados y que solían y suelen descomponerse fácilmente.

En pie de guerra

40. "Mujer agraviada, no hay peor espada".
41. "Mujer ataviada, ballesta armada".
42. "Mujer ataviada, escopeta montada".
43. "Niña del sayo vaquero, ¿qué tenéis, que tomáis el acero?"[7]

A diferencia de lo que sucede con la mujer, del hombre acicalado y compuesto que va a una fiesta con intenciones ciertas de conquista no se hace en el refranero comparación alguna con las armas. Curiosa paradoja que no hace sino reconocer que en el amor la que, realmente, conquista es la mujer.

El arma de la mujer es la seducción; todas las mujeres disponen de ella y la utilizan; todas pueden resultar seductoras con sólo proponérselo. En los hombres, sin embargo, el calificativo de seductores suele aplicarse sólo a los que exhiben un gran atractivo personal.

Para el refranero la mujer ataviada, no es sino una mujer en disposición de utilizar su poder de seducción y la compara, como vemos, a un arma en disposición de disparar. Pero el refranero no solo reconoce fuerza de seducción en la mujer, también le reconoce verdadera fuerza cuando se siente agraviada y nos previene contra ella. Los siguientes versos de Mira de Amescua (1632=1972) refrendan esta idea:

> En parte tiene razón,
> que una mujer agraviada,
> de su agravio hace la espada
> y peto de su pasión.
> Y si da en aborrecer,
> aunque amor la haya rendido,
> es el odio más crecido
> que fue el amor y el querer.



Diosa Diana, La Cazadora

[7] Señala Correas que esta frase que se aplica a la joven que muestra enfado.

Nada es perfecto

44. "Ni espada sin vuelta, ni puta sin revuelta".
45. "Ni espada sin vuelta, ni puta sin alcahueta".
46. "Ni espada sin vuelta, ni ramera sin alcahueta".
47. "No hay mujer, ni espada, ni caballo, ni mula sin tacha".
48. "Non hay espada sin vuelta, nin puta sin alcahueta".

En el Diccionario de Autoridades figura como una de las acepciones de vuelta, la siguiente: "Significa también la inclinación o torcimiento de alguna cosa hacia un lado: y en la espada, u otros instrumentos semejantes es el torcimiento de la línea recta, o del corte, o filo".

Como ya se ha comentado, la vuelta es un grave defecto en una espada, sin embargo, a poco que se utilizase en un verdadero combate era fácil que, con el ardor, ímpetu y fuerza empleada en golpear a los enemigos, la espada se torciera aunque fuera levemente. No había, pues espada de soldado, que habiendo sido utilizada en varios combates no tuviese algún torcimiento.

En lo que a la mujer se refiere, las prostitutas son también mujeres golpeadas por la vida, mujeres con revuelta, esto es doblemente torcidas; víctimas de una alcahueta o de un rufián.

El refranero no se conforma con señalar a las putas sino que, como afirma el refrán nº 47, todas las mujeres tienen alguna tacha o defecto y lo mismo las espadas, los caballos y las mulas. Elegante comparación.

Veamos a continuación un texto de Quevedo, perteneciente al *Sueño de la muerte*, en el que aludiendo, sin citarlo, a alguno de los anteriores refranes, juega con los significados de la palabra 'vuelta':

> No me han prestado cosa que haya vuelto: hasta espadas, que dicen que *no hay ninguna sin vuelta*, si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida y aborrecídola, decían todos que mí persona era buena para verdad: desnuda y amarga (Quevedo, 1627=1974: 227).

A cada uno lo suyo

49. "Al hombre la espada; a la mujer la rueca".

Las armas, representadas en la espada, han sido, tradicionalmente, cosa de hombres. No se consideraba a la mujer con aptitudes suficientes para hacer uso de ellas con destreza ni, tampoco, merecedora de llevarlas; la mujer debía dedicarse, enteramente, a las labores del hogar, representadas en la rueca.

En la Edad Media cuando se contabilizaban, por ejemplo, los posibles defensores de una ciudad o plaza fuerte, sólo se tenían en cuenta los "de armas tomar" lo que excluía, de inmediato, a los niños, mujeres y ancianos. Por eso cuando una mujer era brava, fuerte y valerosa, casi tanto o más que muchos hombres, se decía que era mujer de armas tomar[8] y podía contarse entre los defensores. Sin embargo, pasado el peligro, debía volver a sus tareas habituales.

En el refrán la espada alude a las armas, en general, de igual forma que la rueca alude a las labores propias del hogar; siendo, además, este uso metafórico bastante habitual en castellano. Veámoslo, por ejemplo, en el siguiente texto perteneciente al capítulo LXV de la Segunda parte de *El Quijote* y en el que nuestro inmortal hidalgo, después de ser vencido por el Caballero de la

[8] Hoy en día decimos, figuradamente, de una mujer que es de armas tomar cuando es brava; cuando tiene mal carácter o, simplemente, cuando es peligrosa.

Blanca Luna, en realidad el bachiller Sansón Carrasco, se muestra abatido por tener que abandonar la caballería durante un año y se mortifica preguntándose si antes no le conviniera dedicarse a cosas de mujeres (la rueca) que de hombres (la espada):

> —En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara a pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad no solo a don Gregorio, sino a cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? (Cervantes, 1615=2004: 590).

Cada uno a lo suyo

50. "Con mal anda la casa donde la rueca manda a la espada".

El hombre debe mandar en la casa, aconseja este refrán en el que el uso metafórico de rueca y de espada difiere del anterior. Aquí rueca y espada aluden a quien, tradicionalmente, le corresponde manejarlas, esto es, a la mujer y al hombre, respectivamente.

De amores

51. "Dios te de ventura en armas, y en amores a damas".
52. "Dios te de ventura en armas, y en amores adamar[9]".
53. "Mas mueren por el corto juicio de amar, que con la espada de tajar".

De nuevo el refranero muestra en el primero de estos refranes la habitual desconfianza en la mujer y en el amor. Hay que rogar a Dios que nos proteja, no solo en la batalla o en la pelea donde podemos encontrar grandes peligros, sino también en las batallas y peleas del amor donde los peligros no son menos, haciéndonos dignos del amor de las damas, esto es de aquellas que tienen suficiente calidad humana, dignidad y virtuosismo para ser buenas esposas.

El último de los refranes de este apartado es, significado al margen, una verdadera perla del refranero español, una minúscula obra de arte en la que se sintetiza, magníficamente en mi opinión, el paradigma clásico de la mujer.

Alfonso Martínez de Toledo (Talavera, 1398-1470) lo recogió o compuso en su obra *Arcipreste de Talavera, Corbacho o reprobación del amor mundano*, en texto que a continuación transcribo y que sorprende por su misoginia.

> Cap. XIV. De como por amor acaecen muertes y daños:
> Más razones te diré por qué amor debes evitar, por cuanto, por desordenado amor de amantes, muertes infinitas, como de antes dije, se siguen, guerras innumerables, y muchas paces se quebrantan por esa razón. Y vimos ciudades, castillos, lugares por este caso destruidos. Vimos muchos ricos en oro copiosos deshechos por tal ocasión. Muchos por este pecado padecieron, y aun perdieron lo que sus predecesores con virtudes ganaron, en tanto que es opinión, y verdadera, de muchos, y experiencia que así lo demuestra, que *más mueren con el corto juicio de amar que con el espada de tajar*. Muchos más por causa de mujeres mueren, que no por justicia ni defensión de la cosa pública. ¡Oh cuánto debe ser aborrecido el desordenado amor que tantos daños procura! (Martínez de Toledo, 1438=2004: I, XIV).

[9] "Adamar", antiguamente amar con vehemencia. También puede tratarse de un error de transcripción del refrán anterior.

De su debilidad

54. "Una mujer alabada no tiene espada, y si la tiene, no mata".

Alude este refrán a uno de los considerados, tradicionalmente, como puntos débiles de la mujer: la vanidad. La mujer es sensible a los halagos y nada la deja más inerme que una alabanza o un cumplido bien hechos.

Sin cuestionar que existiera con anterioridad, procede este refrán de la *Pícara Justina*, obra de gran valor paremiológico, como todos sabemos, y en la que ha pervivido hasta su compilación. El texto que lo contiene es, además, la mejor ilustración para comprenderlo:

> Ya que le iba a decir un poco de lo bien hilado, atajóme con quitarme el sombrero y hacerme una inclinación capital y comenzar a alabar mi talle, postura y cuello. Mujeres alabadas se desvanecen. Ya ven que *una mujer alabada, no tiene espada, y si la tiene, no mata*. ¿Qué había yo de decir a un hombre que me estaba loando, y qué no había de poder él decirme, usando de tan astuta invención? (López de Úbeda, 1605=1977: II, 375).

De su poder

55. "Más consiguen faldas que plumas ni espadas".

Dejo para el final este refrán, máxima más bien, que subraya el poder de la mujer, la superioridad, en definitiva, de sus armas frente a las del hombre, cuando de lo que se trata es de conseguir alguna cosa.

Los modernos departamentos de ventas o de relaciones externas de las grandes empresas, son conscientes, desde hace mucho tiempo, de la importancia que tiene la presencia de la mujer en sus equipos y en la ejecución de sus estrategias. También, todo hay que decirlo, los servicios de inteligencia de los estados. Y es que ni la cultura, la fuerza, la inteligencia o las armas de un hombre alcanzan, en ocasiones, lo que una mujer puede lograr utilizando, simplemente, su poder de seducción.

EPÍLOGO

Los refranes de la mujer y las armas son, puede decirse, refranes antiguos. Casi la mitad de ellos los encontramos en los primeros refraneros y en obras de los siglos XVI y XVII; otros muchos son, simplemente, versiones posteriores.

La razón por la que dejaron de componerse este tipo de refranes debemos buscarla en la transformación social que modificó los roles de la mujer y las armas.

El movimiento filosófico y cultural, conocido por Ilustración, que se extendió por toda Europa en el siglo XVIII tuvo como consecuencia inmediata el avance de una burguesía, civil por naturaleza, frente a los estamentos nobiliario, militar y eclesiástico: la profesión de soldado y las armas, en general, perdieron gran parte del prestigio e influencia que tenían en siglos anteriores. Por otro lado, ideas como la de la igualdad entre hombres y mujeres, defendida por filósofos como Thomas Hobbes (1588-1679), o el derecho de las mujeres a la educación, se incorporaron al racionalismo imperante poniendo en cuestión todo el ideario vigente, hasta entonces, sobre la mujer. Pero es a partir de la Revolución Francesa cuando el paradigma clásico que hemos descrito al inicio de este articulo, se muestra claramente incompatible con el nuevo modelo de mujer que se abría camino en la sociedad, y comienza a ser desechado. Simultáneamente, con el advenimiento del nuevo régimen, el caballero, destacado representante del antiguo orden social, es sustituido en importancia por el simple ciudadano, y las armas

individuales, incluidas las de carácter más representativo como la espada, desaparecieron completamente de la vida cotidiana. Salvo en los ámbitos de la milicia y el deporte, las armas perdieron relevancia social y el hombre comenzó a fijar su atención en los nuevos objetos que una industria, cada vez más desarrollada, ponía a su disposición: si comparamos la sociedad actual con la del siglo XVI, veremos que donde antes había un hombre que cuidaba sus armas y se sentía orgulloso de tenerlas, hoy encontramos un hombre que cuida, por ejemplo, su coche, su ordenador o sus palos de golf y se siente igual de orgulloso de poseerlos.

Los elementos de semejanza que hicieron posible la analogía entre la mujer y las armas se perciben, hoy en día, como irrelevantes y anacrónicos. Ya no es posible la comparación; el impulso creativo que fructificó en los refranes que hemos visto ha desaparecido y éstos han quedado como testimonio de otra época. Muchos han perdido su utilidad, pero algunos ("Mujer hermosa y buena espada…"; "Diez mujeres en un estrado…", etc.) los seguimos y seguiremos utilizando porque, pese a todo, en ellos se encierra una verdad intemporal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOIL, C. (1616=1929): *El marido asigurado.* Ed. Eduardo Juliá Martínez. Madrid: RAE.

CERVANTES, M. de (1605 y 1615=2004): *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Martín de Riquer. Barcelona: Editorial Planeta S. A.

CERVANTES, M. de (1616=1994): *Los trabajos de Persiles y Segismunda.* Ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

CERVANTES, M. de (1615=1995): *Comedia famosa de la entretenida.* Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.

CORREAS, G. (1627=2000): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. L. Combet revisada por R. Jammes y M. Mir-Andreu. Madrid: Editorial Castalia.

GÓMEZ DE TOLEDO, G. (1536=1973): *Tercera parte de la tragicomedia de Celestina*. Ed. Mac E. Barrick, Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

GUEVARA, Fr. A. de (1539=1950-1952): *Epístolas familiares.* Ed. J. M. de Cossío. Madrid: Gráficas Aldus.

LÓPEZ DE ÚBEDA, F. (1605=1977): *La pícara Justina*. Ed. A. Rey Hazas. Madrid: Editorial Nacional.

LUJÁN, P. de (1550=1990): *Coloquios matrimoniales*. Ed. A. Rallo Gruss. Madrid: RAE.

MARTÍNEZ DE TOLEDO, A. (1438=2004): *Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

MIRA DE AMESCUA, A. (1632=1972): *La mesonera del cielo*. Ed. J. M. Bella. Madrid: Espasa Calpe.

QUEVEDO, F. de (1627=1974): *Sueños y discursos*. Madrid: Editorial Castalia.